

## XIX

¿Esperábais, queridas y entusiastas lectoras, asombrosas peripecias ó rasgos dramáticos en esta sencilla historia? Pues siento infinito haberos dado chasco.

Yo podía haberos dicho que Pepe, desesperado al verse arrojado de casa de Ceferina, se suicidó; pero eso no podía ser, habiéndose educado á la vista de una madre tan buena como la suya y estando casado con una mujer tan irreprensible.

Pocos suicidios habría si los que incurren en tan deplorable aberración tuviesen una madre y una esposa como doña Benigna y Rosario; porque los defectos del carácter se corrigen con el tiempo, con la reflexión y con el influjo del trato social.

Doña Benigna llegó á Epila, y con ella la felicidad y la alegría, porque una anciana con las prendas de aquella noble señora, es como un rayo de blanca luna que, sin deslumbrar como el sol, embellece todo lo que la rodea.

Pepe tomó á su cargo los libros de la casa y la administración de la pingüe hacienda, apli-



cándose á conocer las necesidades, con la ayuda de Antonio, que se apegó á él con el más fiel cariño.

Doña Benigna tomó á su cargo la educación social, por decirlo así, de la esposa de su hijo, y con la suave influencia de su ejemplo pudo ir limando la áspera capa de austeridad que encubría el bello y generoso carácter de Rosario.

—Hija mía—le decía cierto día que, á la caída de la tarde, se hallaban sentadas las dos en el terrado, en tanto que don Dámaso y Pepe paseaban por el jardín,—si la virtud fuese agradable y bella, la adorarían todos; si asusta á las almas débiles, es porque la ven practicar como la practicabas: la más rígida virtud no se opone á que una mujer joven y bonita, como tú, vista bien, sea elegante y tenga esa coquetería que embellece á la persona y todo lo que ésta toca y se le acerca. Cuando volvamos á Madrid, verás algunas mujeres, llenas de años, que aún te parecerán encantadoras, sin más que por el influjo de su amabilidad, y por decirlo así, de su coquetería; porque la coquetería es la más fiel amiga de la mujer y debe acompañarla siempre.

Procura que tu marido halle tu casa agradable, y procura parecerle tú la más bella de todas las mujeres para que no se acuerde de las otras; y para conseguir este fin, gasta, sin despilfarro, en tu persona y en tu casa. Luis XV, antes de ser arrastrado por sus cortesanos al abismo de des-

enfreno en que murió, respondía siempre que le señalaban á una mujer bonita:

—¡Más bella es la reina!

Y, sin embargo, María Lezinska no era bonita, y todo su mérito consistía en una gracia exquisita, en un aseo lleno de delicadeza y en una dulzura llena de encantos.

Hay además un antiguo refrán que dice: «La mujer compuesta quita al marido de otra puerta.»—Vístete para tu esposo, y él te agradecerá el pequeño sacrificio que te impongas como una prueba de cariño; piensa en que toda su vida se ha deslizado entre la sociedad elegante, y que yo, á pesar de la escasez de mi fortuna y de los acerbos dolores que me han aquejado, jamás he descuidado mi persona. ¿Por qué has de parecer tú, tan joven, tan linda, tan agraciada, tan interesante, peor que su anciana madre?

—Pero—respondió Rosario—¡si yo tengo pocos vestidos, y aun los que me han hecho no sé las horas en que me los debo poner!

—Los que tienes son todos frescos, bonitos y á propósito para la estancia en el campo. Desde mañana, siéntate al almuerzo con una bata elegante, y ponte para la comida un sencillo traje blanco de muselina, que ya conservarás puesto toda la velada. Me dirás que aquí nadie se viste: es cierto; pero si quieres ser dichosa, hija mía, y vivir tranquila, no te cuides de lo que hacen los otros, sino de lo que debes hacer tú. Nadie te



criticará porque seas distinguida y elegante, y antes bien será posible que enseñes con el ejemplo, y que introduzcas un poco de cultura en este pueblo tan bello, pero tan atrasado.

—Mamá—dijo Rosario, cuyos ojos brillaban de entusiasmo, —¿voy ahora á ponerme el vestido blanco que me han traído esta mañana? ¡A ver lo que le parezco á Pepel

—Me parece muy bien pensado—dijo doña Benigna; —y será tanto más conveniente, cuanto que él, cuyo carácter es una cera caliente, que toma cuantas inflexiones quieren darle, creo que se va dejando olvidados sus hábitos de elegancia. Ve, hija mía: yo le avergonzaré de que se ponga á tu lado con esa casaquilla y ese pantalón de mañana.

Rosario salió ligeramente del terrado, y media hora después volvió tan bella, que doña Benigna no pudo contener un movimiento de sorpresa.

Llevaba un vestido blanco de muselina lisa, hecho de un modo completamente distinto á como estaban hechos todos los que antes había usado.

La falda, muy larga y muy ancha, daba á la graciosa estatura de Rosario una indescriptible elegancia; el cuerpo, cortado y hecho con una coquetería llena de distinción, hacía resaltar la elasticidad y gracia de su talle; bajo el vestido de muselina llevaba otro de rico percal blanco, de cuerpo escotado y manga corta, de modo que

el transparente tejido descubría su torneada garganta, la mitad de su bella espalda y sus redondos y graciosos brazos.

Una rica enagua se transparentaba asimismo entre los pliegues de la vaporosa falda que Rosario recogía algún tanto por ambos lados para no pisarla ó destrozarla con las hierbas que crecían en las orillas de los senderos.

Un cinturón de color de rosa, cerrado por una hebilla de plata, ajustaba la delgada cintura de Rosario, dejándola, sin embargo, libre y suelta, con esa elegancia natural distante de toda amanerada afectación.

Una cruz de oro, sujeta con una cinta de terciopelo negro, completaba el atavío de Rosario. Su bella cabeza, peinada con exquisito gusto, lucía las apretadas trenzas de su cabello enlazadas con una flecha de oro.

—¡Dios mío! ¡jamás hubiera creído que fueras tan bonita! —exclamó doña Benigna contemplándola con admiración.—Vamos á encontrar á tu padre y á Pepe, y verás cómo se sorprenden.

Y asiendo el brazo de la joven, fué con ella á encontrarlos.

—¡Qué! —preguntó Pepe mirando asombrado á su mujer, —¿vamos á salir?

—No, —repuso ésta sonriendo.

—¿No vamos á ninguna parte?

—Al comedor dentro de poco rato.

—Como te has vestido así...



—Para comer.

—¡Qué oigo!—exclamó don Dámaso cruzando las manos sobre su abdomen, que empezaba á abultarse de nuevo,—¿para comer te has puesto ese vestido, Rosario?

—Sí, padre mío.

—Si antes no te le hubieras puesto para un baile, ¡qué despilfarro tan increíble en tí!

—Amigo don Dámaso—observó doña Benigna con su dulzura natural,—nunca es despilfarro lo que gasta una mujer para hacerse agradable á su familia, y, sobre todo, á su marido: éstos son gastos reproductivos y que Dios aprueba.

—¡Qué bella estás!—exclamó Pepe asiendo con transporte las manos de su mujer,—¡qué elegante!

—Gracias á los consejos de tu madre—repuso Rosario sonriendo;—¡de tu madre, que ha hecho por mí lo mismo que podía haber hecho la mía!

—¡Nunca había sospechado que fueras tan hermosa! ¡Si me pareces otra!

—¡Y otra soy! A lo menos, tengo la firme intención de engalanar mi alma aún más que mi cuerpo, para que veas que vale algo más de lo que tú pensabas. Nuestra buena madre tiene mucha razón: son necesarias al cuerpo las galas, para que luzca los favores de la naturaleza, y la bondad y belleza del alma deben ser también realzadas por las galas de la bondad y de la coquetería.

—Es cierto—dijo Pepe.—La mitad del amor

entra al hombre por los ojos, y una irresistible inclinación le lleva á gustar de todo lo que es hermoso y delicado: tanto más esclavo es de este instinto, cuánto su alma es más elevada y está más desarrollado en ella el sentimiento de lo bello. Así, pues, Rosario, vístete siempre para mí; y ahora permite que siga tu ejemplo y que vaya á ponerme un traje que no desdiga del tuyo.

Pepe salió del jardín, y media hora después volvió convenientemente vestido con un pantalón de medio color, una elegante levita de una hechura suelta y campestre, chaleco blanco, rica camisa de batista, y corbata negra con rayitas color de cereza.

Pepe, con aquel traje, era de nuevo el joven elegante, lleno de distinción, de bellas y expresivas facciones, que despertaba la envidia en todos sus amigos. Sus cabellos castaños, perfumados, se rizaban sobre su ancha frente con una gracia natural; entre su bigote fino y rizado asomaban, descubiertas por su grata sonrisa, dos sargas de dientes pequeños y blancos como el nácar; sus manos y sus pies tenían el más perfecto dibujo; todos los detalles revelaban en él al hombre distinguido: la sencillez de la cadena de su reloj, los pequeños botones que cerraban su camisa, la disposición de sus cabellos, sus posturas y sus maneras.

Dió el brazo á su mujer y se encaminó con ella al comedor.



Doña Benigna tomó el de don Dámaso, y ambos les siguieron.

—Qué pareja, ¿eh?—exclamó el señor Maroto, mostrando los dos jóvenes á doña Benigna con una mirada llena de orgullo.

—Encantadora—repuso la señora:—parecen nacidos el uno para el otro.

## XX

La dulce y bienhechora influencia de la excelente señora, que era como el alma invisible de aquella familia, se había dejado sentir en la casa de una manera no menos notable que sobre las personas.

Todo había cambiado de aspecto sin cambiar de lugar: los antiguos muebles, limpios y brillantes, ostentaban su valor positivo y su positiva comodidad; se habían comprado algunas cosas que faltaban, y cada habitación se había dispuesto de un modo conveniente y adecuado al uso para que estaba destinada.

Don Dámaso tenía en su cuarto chimenea, un reloj, un cómodo diván y dos sillones compañeros; á los pies del lecho se había colocado una papelera de hierro colado, y debajo de la ventana una mesa-escritorio.

Rosario había arreglado á su gusto el cuarto de doña Benigna, con una sillería de rica seda antigua, damascos iguales; un precioso reclinatorio coronado por un crucifijo, á los pies del cual había un almohadón bordado por su mano, y una



mesa de tocador, primorosamente adornada de damascos.

La cama estaba igualmente cerrada con damascos. Una cómoda y un ropero con la puerta de espejo, completaban el mueblaje.

En cambio, la buena madre había cuidado del arreglo del cuarto de los esposos, que era una gran sala con dos gabinetes, uno de los cuales les servía de dormitorio, y el otro de tocador.

Estas habitaciones eran las más suntuosamente alhajadas de la casa, pues doña Benigna, queriendo inspirar á Rosario el sentimiento de lo bello, no había perdonado gasto alguno, empleando en ello todos sus ahorros.

El comedor, amueblado sencilla y cómodamente, se abría al jardín.

El salón estaba severamente decorado con damasco carmesí; los antiguos sillones dorados, que estaban ennegrecidos por el tiempo, habían sido restaurados y lucidos de nuevo por un ebanista.

Hasta los criados habían sido educados pacientemente por doña Benigna; y en el servicio y en los menores detalles de la casa, se descubría el influjo de aquella elevada inteligencia.

Don Dámaso se hallaba en el cielo: lo que no comprendía, lo admiraba; todo lo hallaba excelente, sublime. ¿Por qué dicen algunos que son antípodas la llaneza y la distinción, la rústica sencillez y la perfecta urbanidad?

Aquella familia era un ejemplo de lo contra-

rio, y era imposible hallar otra más íntimamente unida por los lazos de la simpatía y el cariño.

Es cierto que así el padre y la hija de la aldea, como la madre y el hijo cortesanos, tenían esa bondad de corazón que allana todas las distancias y que todo lo ilumina como un rayo de magnífica luz.

Don Dámaso y su hija tenían el dinero, y estaban además ricos de corazón y de ilusiones.

Doña Benigna y su hijo poseían la distinción, la delicadeza de modales, los hábitos del mundo y de la buena sociedad.

La comida era abundante, bien sazónada y bien servida, pero no suntuosa. La generala, acostumbrada á las vicisitudes de la vida, era acérrima partidaria de la economía bien entendida, y nadie sabía manejar una casa mejor que ella y con menos dinero.

Ya concluían de comer, cuando un criado trajo una carta á Rosario, colocada en una bandejilla de plata.

La joven, cuya facilidad para adquirir buenas maneras había sido sorprendente, la tomó y pidió permiso para abrirla con una mirada.

Así que pasó la vista por las primeras líneas, exclamó:

—¡Es de Casilda!

—¡Lee, lee!—dijo don Dámaso.—Veamos lo que nos dice la pobrecita.

Rosario leyó en voz alta lo que sigue:



«Mi querida señorita: No puedo pasar ya más tiempo sin hablar con usted y sin decirle que jamás la olvido y que en todas mis alegrías se mezcla el pesar de no tenerla á usted á mi lado.

»Ahora estoy bien y soy feliz. Paco hace bondad, gracias á Dios, y aunque, como es tan bendito, tengo que tomar mis medidas con él para que no le perviertan los compañeros, ello es que me quiere y hace mucho caso de mí. El jornal lo gana y me lo da, y con eso vamos ya poniéndonos muy bien, y voy haciendo el ajuar para un hijo que espero para dentro de un mes poco más ó menos.

»Y bien, señorita de mi alma, ¿no vendrá usted á hacérmelo cristiano? Ya hace cinco meses que falta usted de aquí, y yo no sé cómo he vivido sin verla. Me parecería mal presagio que mi hijo viniera al mundo sin estar usted y sin tenerle usted en la pila del bautismo. Ya sé que están ahí el señorito y su señora madre, que es más buena que el pan bendito.

»Ayer pasó por aquí la señora Marquesa en su coche, y tuvo la bondad de subir hasta mi sota-banco á preguntarme si tenía carta de ustedes. Le dije que no, y me respondió:—El lunes que viene voy yo á arrancarles de su rincón, que ya va llegando el invierno y no consentiré que se sulpulen allí á modo de ermitaños.

»Se lo advierto á usted, pues, señorita, para que esté prevenida, porque lo hará como lo dice;

y le ruego que se venga con la señora Marquesa, porque, como ella dice, nó es justo, y para mí sería un disgusto mortal, que se quedasen ustedes ahí.

»Adiós, señorita. Al señor un abrazo por mí, y otro al señorito, y otro á la señora. Paco les envía á ustedes sus finos recuerdos, y la abraza también con el alma su servidora que la quiere mucho y verla desea

CASILDA.»

—¿Qué haremos?—preguntó Pepe.—Casilda tiene razón; pero tú, Rosario, ¿quieres pasar aquí el invierno?

—Lo mismo me da—respondió Rosario:—haremos lo que papá diga.

—Yo digo—observó don Dámaso,—que debéis iros á pasar el invierno á Madrid.

—Y yo digo lo mismo,—añadió doña Benigna.

—¿Pero y vosotros?—preguntó Rosario, uniendo así, y sin saberlo, el presente de don Dámaso y doña Benigna.

—Yo, por mí—dijo don Dámaso,—ya no salgo de aquí: me lo he ofrecido á mí mismo y lo cumpliré. Señora, ¿quiere usted quedarse á hacerme compañía?

—Yo...—repuso doña Benigna con alguna turbación.

—Usted, señora: ¿qué hay de malo en eso? ¿qué hablarán? Podemos evitarlo: ¡nos casamos!



—¡Santo Dios! ¿qué dice usted?—exclamó doña Benigna.—¿Casarnos á nuestra edad?

—¿Qué edad tiene usted?

—¡Cincuenta y dos años!

—Yo sesenta y dos: diez más. Si nos hubiéramos casado de jóvenes, ahora no nos parecería extraño el ser marido y mujer, ¿verdad?

—No por cierto.

—Pues haga usted cuenta que nos casamos teniendo usted diez y seis y yo veintiséis... Vamos, ¿qué dice usted? Ya sé que yo no soy una persona fina, y así... de tan culta sociedad como usted; pero soy bueno, y necesito, ahora que he dado marido á mi hija, de una compañera: ¿por qué no ha de serlo usted? Ellos se irán á Madrid los inviernos, y nosotros nos quedaremos aquí en paz y en gracia de Dios.

La generala miró á los jóvenes.

—Madre mía—dijo Rosario:—tu dulce compañía sería la felicidad de mi padre: ¿quién le comprende mejor? ¿quién sabe estimar sus nobles cualidades en lo que valen? ¿y quién será para tus últimos años un compañero más amable y cariñoso?

—Pepe—añadió don Dámaso,—convence á tu madre de que nada hay de extraño en esta boda. Ella estuvo casada primero con un cumplido caballero; ahora puede estarlo con un honrado labrador. Cuando joven, buscó, como era natural, el brillo y los placeres del mundo; cerca de la

ancianidad se acoge á la bóveda celeste, y va á buscar la paz y la alegría en esta tranquila aldea.

—¡La señora Marquesa del Puerto!—anunció Antonio el sobrestante á la puerta del espacioso comedor.

—Aquí llega quien convencerá pronto á nuestra buena madre,—dijo Rosario saliendo á recibir á su madrina, que apareció en aquel momento.

Clemencia estrechó entre sus brazos á Rosario, la miró con atención y retrocedió llena de asombro.

—¡Dios mío, qué bella estás!—exclamó;—¡qué elegante! ¡qué alegre y sonrosada! Cuando yo te lleve á Madrid—porque te advierto que no me voy sin tí—y te presente á nuestros antiguos amigos, no van á conocerte.